

Era ya tarde. Hacía tiempo que mi espíritu, no por desvío, sino por laboriosa introspección ante insospechados acontecimientos, habíase ido desplazando de las ciencias morfológicas. Testigo de excepción, durante varios años, de cómo se desenvolvía la vida político-social de mi Patria, marchaba de sorpresa en sorpresa, relajándose los vínculos de las vocaciones primeras, en tanto que mis ideologías iniciaron interesante tránsito evolutivo. Para un hombre de energía, el espectáculo de una sociedad ramplona, hasta entonces por él desconocida, era algo deprimente. El pusilánime, podía adoptar la cómoda postura de esconder la cabeza bajo el ala. El hombre de acción, esencialmente dinámico, con clara visión de sus deberes ciudadanos, acostumbrado a servir las necesidades del momento y los intereses del procomún: por dondequiera que pasó, no podía desertar de su puesto de lucha. Así, fueron estableciéndose los jalones de una evolución mental, cuyo análisis, por lo interesante, habrá de hacerse en lugar oportuno. Hoy, aquel hombre de acción no puede encerrarse en la torre de marfil de un laboratorio. Si nuevos vínculos se lo impiden, su acrecentada fuerza expansiva podría derruir, más o menos tarde, las paredes del recinto...

¿Comprende ahora el lector por qué, al comenzar, aludía a los recuerdos?

\* \* \*

Pasaron los años en que quien cultivaba la Embriología era considerado casi como un chiflado. Empezamos a distanciarnos de aquella época docente, cuyas explicaciones sobre estas disciplinas quedaban reducidas a citar a Kolliker o a mostrar a los alumnos los dibujos de unas preparaciones de Matías Duval. Fue el Padre Pujiula quien logró situar estos estudios en un plano propicio para el desarrollo de una labor científica seria, al relegar a segundo término la enseñanza memorista y libresca. Al Laboratorio Biológico de Sarriá acudieron médicos para educarse en las técnicas embriológicas, hasta entonces desconocidas en el medio universitario. Ellos actuaron de fermento, a su vez. Y con la obra publicada por el P. Pujiula se hizo luz meridiana en puntos ontogénicos difíciles, soslayados casi siempre en la enseñanza, o expuestos deficientemente en textos poco claros y peor traducidos.

Roturado el obstáculo, la producción posterior ha sido abundosa. Contamos ya con un respetable número de tesis doctorales sobre Embriología, algunas de notorio interés. Que son pléyade los que se interesan por estos estudios, lo prueba el que Vignoli, Brachet, Michaelis-Weissenberg, han visto traducidas sus obras. El doctor Alcalá Santaella, poco antes de ganar una cátedra de Anatomía, publicó un interesante compendio, después de haber seguido el curso del P. Pujiula. Recientemente, el doctor Taure, otro discípulo del sabio jesuita, ha lanzado el libro que vamos sucintamente a analizar.

Representa un esfuerzo laudable el lograr resumir, con espíritu de bien ordenada sistematización, los abstrusos problemas ontogénicos. La claridad: he aquí uno de los méritos más cotizables del Manual del doctor Taure. Su sabor didáctico, corolario obligado del anterior, era presumible en la producción de quien ostenta el título de Maestro nacional, y, por tanto, conoce aquellos fundamentales preceptos pedagógicos, por desgracia harto olvidados en el medio universitario contemporáneo.

La primera parte del Manual trata de los elementos sexuales, del huevo, de su segmentación y de las primeras morfológicas que adquiere el nuevo ser.